

Al invertir la parte posterior de la falda para cobijarse, le quedaba delante el halda, que era un verdadero almacén que muchas veces salía de la plaza o de la lonja rebotante para reventar.

Encima del refajo llevaba la faltriguera, donde guardaba lo de necesidad inmediata o lo que se iba encontrando. Era asombroso ver a algunas buscar algo en la faltriguera, entre al canutero de las agujas, el dedal, las llaves, la navaja, botones y fundillas de todas clases, corchetes, pan, chocolate, confites de la última boda, dinero en metálico, hilos, las tijeras, la castaña loca, en fin, de todo un poco, para arreglarse de momento sin tener que ir a la cómoda o a la alacena.

En cambio, las mujeres no tenían ningún otro escondite, aunque los consumistas maliciosos

sospechaban que algunas llevaban matute debajo de las sayas, colgando por delante, pero eso no se atrevió nadie a comprobarlo, ¡pues no hubiera faltado más! Aunque en Madrid sí lo hicieron, montando servicios especiales a cargo de mujeres, también singulares, pues no era entonces cosa fácil llevar a la mujer a desempeñar funciones raras; tenía tan definidas y marcadas sus obligaciones, que cuando había que puntualizar, se decía que se ocupaba en «sus labores» y no era menester más que saber que eran «las propias de su sexo», honor y orgullo del varón, santificación del hogar y amparo de la familia; espléndido bolsillo moral donde se guardaba casi todo lo que ennoblecía la vida y que no se ve ya por ninguna parte.



La rastra del rastro

*L*A afición a la caza ha subyugado mucho siempre al hombre.

En aquella época, de necesidades patentes y de pocos recursos, hasta se justificaba como medio de traer algo a la mesa. El hogar, sin embargo, descubría el disimulo y la mujer, la eterna recolectora, la que desde los tiempos de la azada como único y primer instrumento de cultivo, viene mirando por la casa en tanto que el hombre engraido se marcha por ahí; la mujer, digo, sufría las consecuencias y tenía que ver lo que hacía para salir adelante.

La inclinación era tanta, que del gañán que llevaba escopeta nadie se fiaba y más de una vez se vieron las yuntas uncidas al arado horas y horas sin saberse dónde podría andar el gañán, que abandonó la labor por salir detrás de un sisón, inoportunamente.

En el pueblo se perdieron muchos o anuláron su vida por abandonar sus obligaciones, llevados de la arrolladora inclinación a la caza y a las comilonas y borracheras subsiguientes.

La caza reclutó sus adictos en todos los campos, con perjuicio de las ocupaciones, pero no se recuerda que ningún cazador hiciera nada notable, aparte de la caza.

La cara, por lo general triste, macilenta y resignada de las mujeres, siempre solitarias, como las perdices enjauladas, sus compañeras de por vida, atestiguaba el elevado tributo de vasallaje que la casa pagaba al dominio del hombre y su alición. Era la rastra que dejaba el hombre, cuando se iba detrás del rastro.



Economía infalible

Lo era la del tío Gurí, cuya fama perdura en el lugar con la persistencia de las obras grandes y las almas de cántaro.

El tío Gurí se empeñó en enseñar a los borricos a no comer y le hicieron el feo de morir cuando ya había dado remate a su labor. ¡Desengaños de la vida!, decía él. Y aviso prudente para los innovadores audaces que no respetan ni el orden de la Creación.